



SEGUNDA PARTE

CAPITULO I

Un manuscrito

Estamos en un elegante gabinete, adornado con exquisito gusto. Leves cortinas blancas de fina muselina velan una graciosa puerta de vidrios de colores, que conduce a las piezas del edificio, mientras otras de la misma delicada tela, pero recogidas en dorados y grandes clavos, permiten penetrar por los diáfanos cristales de un primoroso balcón, con vista a un pintoresco jardín, los tibios rayos del refulgente sol, que retira a otro hemisferio sus nacarados resplandores.

Apoyada sobre la dorada barandilla del poético balcón, y en ademán dulce y melancólico, se ve a una bellísima mujer de esbelto cuerpo, de airoso talle y de elegante porte, pasear sus bellos y apacibles ojos por el espléndido panorama que desenvuelve a su vista la rica y exuberante naturaleza. La consideración del sencillo y franco aparato con que la fecunda tierra presenta a la vista los más sorprendentes tesoros que brotan de su seno, la embelesa.

Desde allí ve conmovida al misterioso girasol, volviéndose amoroso hacia el rey de los astros, demandando una mirada de cariño; tierna y delicada flor, triste como el corazón de la mujer cuando se aleja de su lado el dulce objeto que la anima, sin brillo, como la angélica faz del numen de la Melancolía. y constante como el pecho virginal de la cán-

dida joven antes que la falsía de un pérfido amante destruya las dulcísimas ilusiones que alimentaron su fantasía; desde allí contempla los blancos, encarnados y violados alhelíes, formando graciosos penachos, mecidos por las embalsamadas brisas, indicando en su fresca y resplandeciente flor, que se eleva seductora, «belleza durable», porque esperece la salud, que es el primero de los bienes de la tierra, y sin la cual nada puede ser bello ni duradero; la delicada anémone, que le recordaba la historia de la afligida Venus que, al ver muerto a su amante Adonis, le convirtió en esa flor, que indica «perseverancia»; la vistosa amapola, que encierra en el seno purpurino de su flor el precioso bálsamo que adormece el dolor y dulcifica la pena, simbolizando el «consuelo»; la caléndula, dorada flor, emblema de las penas del alma, cuyas hojas permanecen abiertas desde las nueve de la mañana a las tres de la tarde, siguiendo constantemente el curso del sol, y brillando de noche en los abrasados meses de julio y agosto, como si arrojasen chispas luminosas; el heliotropo, expresando el afecto violento de amar a un objeto más que a sí mismo, y otra multitud de aromáticas y pintadas flores, que parecían despertar en su alma recuerdos dulcísimos de celestiales atractivos.

Murmurando en armónicos ecos y salpicando la florífera alfombra que matiza el suelo y perfuma el ambiente, ve deslizarse en caprichosos giros, límpidos arroyos de transparentes linfas, que, cual bruñidas cintas de brillante plata, reflejan en sus ligeras ondas los cambiantes de luz de la bóveda celeste.

Al soplo lisonjero del blando céfiro mira esparcirse en el éter, brillando como lucientes perlas, las transparentes gotas del límpido cristal de una alegre fuentecilla de caprichosa forma, a cuyo alrededor ostentan el esmaltado brillo de sus pintadas hojas en deliciosos grupos de fragantes exhalaciones, la cándida azucena, indicando pureza; el espino de la Virgen, planta de bellissimo aspecto, pura y agradable, que eleva su largo penacho de flores estrelladas, tersas y blancas como el ampo de la nieve, emblema de la virtud y de la castidad; la pasionaria azul, indicando el dolor acerbo y amoroso y la creencia religiosa; la giosella, expresando: «sois mi divinidad», planta de elegante tallo, que se levanta del centro de una roseta de hojas grandes echadas en tierra, que se corona en abril con doce lindas flores, y a quien Linneo dió el nombre de «dodecatheon», que significa doce divinidades; la delicada sensitiva, revelando sensibilidad secreta y profunda, y la bellissima rosa blanca, emblema del silencio.

Dando grata y regalada sombra a esta deliciosa fuente, y circundándola en armoniosa simetría, extienden sus frondosas ramas el pintoresco naranjo, significado de la «generosidad», cubierto siempre de fruta y de follaje; el moral negro, que expresa: «no os sobreviviré, os seguiré a la tumba»; el sauce llorón, indicando «melancolía»; la higuera, expresando «prudencia dulce y tierna»; el albaricoque, «dulzura», y el gracioso melocotón, «amor grande, que todo lo atropella».

Pero, ¿comprende aquella hermosa mujer el amoroso sentido de lo que extasiados miran sus ojos? ¿Ha arrancado a la naturaleza los misterios de su silencioso idioma? Esas lágrimas que tiemblan en sus largas y sedosas pestañas, como el rocío en el delicado pétalo de la naciente rosa, ¿son consecuencia de alguna página sensible, escrita en las temblantes hojas de las rosas y de los árboles, o el llanto del corazón conmovido por el espectáculo tierno de una naturaleza que admira sin comprender? ¿Es ella, tal vez, la entendida Flora de ese ameno pensil, que ha cultivado con sus delicadas manos los prodigios que encierra?... ¡Oh!... No. Por entre el espléndido follaje de los árboles acabo de ver flotar la blanca tela de un elegante vestido de señora, dejando ver la breve planta de un pequeño pie, calzado por un precioso zapato de raso perla; su ebúrnea y delicada mano acaricia en este momento las delicadas hojas de un lirio, menos cándido que sus nevados dedos, y sus frescos labios se aproximan con expresiva ternura a la flor del pensamiento, pronunciando con una voz más melodiosa que el canto de las aves, las palabras mismas que expresaba aquel dulce objeto que recibió un ósculo de amor:

—«Os amo, os adoro como a un serafín»; sí, os amo, os adoro, Leopoldo, en esta flor que recibí un día de tu mano, diciéndome en ella, como yo te digo, esas palabras que llevan la felicidad al corazón amante. ¡Ah!... Estas plantas son el precioso libro en que he escrito la historia de mis amores, y el blando céfiro que juega en sus hojas, la embalsamada lengua que la repite a todas horas, regalando mi oído. Nadie de los que me rodean comprende este sublime libro, en que habla la naturaleza a los sentidos y al corazón; todos se ríen de mi afición a las flores... ¡Ah! Si ellos supiesen los encantos que encierran para mí, las inefables dichas que vierten en mi alma cuando me acerco a hablarles de ti, de ti, que eres mi vida, mi gloria, mi esperanza...

Y al decir esto volvió a acercar sus purpurinos labios a la expresiva flor del pensamiento; exhaló un tierno y prolongado suspiro, que recogió el perfumado céfiro, y se sentó

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

al lado de la fuente, en una elegante silla de bejuco, bajo las sonantes ramas de un álamo débil que, por indicar «sollozos y gemidos», escogió como tierno compañero que le acompañaba en sus penas.

La hermosa mujer que estaba apoyada en la barandilla del balcón, la contempló con una expresión profunda de cariño y de melancolía, y exclamó, dejando asomar a sus ojos algunas lágrimas:

—¡Pobre Clotilde! Ahora empiezas a probar la amarga copa del dolor, que yo sigo apurando hace muchos años... A la vista de esas embalsamadas flores que crecen al contacto amoroso de las rientes ondas, y a los dulces besos de las auras, del canoro y gracioso pajarillo que agita sus pintadas alas, refiriendo en deliciosos trinos su constante amor; de las inquietas mariposas que hienden en torcido giro la región etérea, demostrando la suavidad de sus amores; de las susurrantes abejas, que en torno del oloroso romero liban afanosas la delicada miel de su precioso cáliz, tu corazón se conmueve, despierta a los encantos de esa dulce pasión que es el todo de la mujer, y el llanto baña tus mejillas, y la tristeza oprime tu delicado corazón. Pero no eres tú sola, no; en el mundo hay mil que te acompañan en ese llanto. Yo también, lo mismo que tú, lloro a la vista de esos dulces objetos que despiertan en mi alma recuerdos tiernos, juramentos dulcísimos de amor, que llevaba en sus perfumadas alas la cariñosa brisa en más preciosos días para mí; días de amor, horas de felicidad, ensueños de ventura, de que no me queda más que una lánguida esperanza, próxima a extinguirse como la luz de ese moribundo sol, que lanza débil sus últimos resplandores sobre la «hierba del amor», que vive de sus rayos.

Y la hermosa mujer quedó abatida con el peso de sus melancólicas ideas; la tristeza se apoderó de su alma y el dolor imprimió su amarga esencia en cuanto la rodeaba; sola, sin otra compañía que sus dolorosas reflexiones, sus ojos humedecidos de lágrimas se detenían en todos los objetos con profunda melancolía, buscando en ellos los bienes y delicias de otros tiempos; pero en las flores, en la fuente, en los arroyos y en los árboles sólo veía escrita su desgracia con caracteres indelebles, memorias de dulces momentos pasados y de presentes amarguras. Su vista se nubla por el llanto, sus mejillas palidecen y sus purpurinos labios pierden el fresco y encendido carmín.

En estos momentos de penosa agitación y de dulces y do-

lorosos sentimientos, apareció en la puerta de la estancia una criada, anunciando a un joven.

La contemplativa mujer dejó su actitud reflexiva; dió a su rostro un aire de tranquilidad completa; llevó con disimulo el pañuelo a los ojos, para ocultar las lágrimas, y dijo con armoniosa voz:

—¿No ha dicho quién es?

—No, señorita; sólo me ha advertido que trae un asunto muy interesante par usted.

—¿Para mí?

—Así me lo ha asegurado.

—Y ¿no ha estado en casa otras veces?

—Yo, al menos, no recuerdo haberle visto nunca.

—¿Quién podrá ser?

—¿Qué le digo?

—Que pase.

La criada se fué, y a poco se presentó, con el elegante traje que sabemos, Núñez, el que pocas horas antes vimos envuelto en miserables harapos y que ahora estaba hecho un elegante, en toda la extensión de la palabra.

Al presentarse hizo una galante cortesía, llena de gracia y de finura, y preguntó con agradable acento:

—¿Tengo la honra de hablar con la señorita Inés Landeta?

—La honra es, caballero, para la que tiene el placer de constatar afirmativamente y de suplicarle que se digne tomar asiento.

—Agradezco infinito la oferta; pero tengo el sentimiento de no poder aceptar, porque me veo precisado a desempeñar un asunto de la más alta importancia.

—Como usted guste.

—Y aun hubiera prescindido del placer de hablar con usted, para no retardar el asunto que reclama mi presencia, si no hubiera temido confiar a otra persona el negocio que me conduce a esta casa.

—¿Tan importante es?

—Usted, señorita, juzgará por sí misma—dijo Núñez, sacando el cuaderno ensangrentado de que ya hemos hecho mención, y poniéndolo en sus manos—: Aquí tiene usted el documento que no he querido confiar a nadie.

Inés fijó los ojos en la portada del cuaderno; en su fisonomía se operó un cambio repentino, y dió un grito de sorpresa.

—¡Ah!... ¡De Ricardo!... ¡Sí, ésta es letra de Ricardo!...

—Seguramente.

—¿Le ha visto usted?—preguntó con viva ansiedad, opri-

miendo contra su pecho el ensangrentado cuaderno, como si temiese que se le huyera de las manos.

—Sí, señorita, le he visto.

—¿Cuándo?

—Hace dos meses.

—¿Dos meses?—exclamó inundada de placer, y sin ser dueña de contener su regocijo aquella hermosa mujer, que veía aparecer de repente al dulce objeto de su amor, por quien tantas lágrimas había derramado.

—Sin duda.

—¿En dónde?

—En San Angel.

—¡Dios mío!... ¡Tan cerca de mí!... Y ¿le ha hablado usted?

—No, señorita.

—Pues, ¿cómo ha llegado a manos de usted este cuaderno? Núñez le contó la historia que ya conoce el lector.

—¡Está preso!—exclamó la hermosa, henchida de amargura, al terminar su interlocutor la relación.

—Sin duda que sí; yo le vi conducir en una litera, custodiado por cinco extranjeros.

—Y ¿estaba agobiado por el peso de la desgracia?

—Yo le vi subir con gentil continente y noble entereza, mostrando la gracia y soltura de un hombre que se encuentra en todo el vigor de su mejor edad.

El corazón de Inés palpité de placer y de esperanza.

—Y ¿no pudo usted averiguar a dónde se dirigieron al huir de San Angel?

—Me fué imposible por haber recibido un balazo al huir de la azotea de la casa del hombre a quien yo había ido siguiendo.

—¡Un balazo!...

—Del cual me creyeron a otro día muerto. ¿No advierte usted la sangre que salpica la carátula de ese cuaderno?

—¿Y esta sangre...?

—Es mía.

—¿Brotaba de la herida que usted recibió?

—Sin duda alguna.

—¡Qué escucho!... ¿Luego usted es...?

Pero Inés se detuvo, mirando detenidamente a aquel interesante joven, teniendo por absurda y ofensiva la pregunta que iba a hacer. Núñez comprendió el motivo que había interrumpido la frase, y contestó con franca amabilidad:

—El mendigo, a quien todo San Angel creyó muerto, incluso el mismo Leopoldo.

—¡Usted el mendigo!—exclamó Inés, observando los finos

modales de su interlocutor y no atreviéndose a dar crédito a lo que escuchaba.

—Le sorprende a usted sin duda.

—Las distinguidas maneras de usted y su buena conversación revelan condición más elevada.

—¿Ignora usted, señorita, que hay un escritor que compara a nuestra sociedad con los cubos de noria, que cuando bajan vacíos los unos, suben los otros llenos y abundantes?

—Es muy cierto. Son cosas de la fortuna.

Y Núñez prosiguió:

—La suerte es como la luna,
tiene menguante y creciente;
mengua quien al bien se aduna;
crece quien roba y quien miente...
«Son cosas de la fortuna».

—Muy bien.

—¿Creerá usted ahora que soy el mendigo improvisador?

—Sí; pero me ha dicho usted que ha nacido en otra esfera.

—Sí, señorita.

—Y ¿no tenía usted que revelar un secreto a don Leopoldo Cabrera?

—Se lo he revelado esta mañana.

—Me habían asegurado que usted le prometió descubrir el misterio que empañaba la honra de su padre.

—Y lo he cumplido religiosamente.

—Y ¿está usted seguro de la inocencia del hombre que le dió la vida?

—Como de la luz que nos está alumbrando.

—¿Conoce usted al criminal?

—Le conozco, señorita.

—¿Cómo se llama?

—Ignoro su nombre; pero le conozco; sus hechos están consignados en las breves páginas de ese cuaderno.

—¿Cómo!... ¿Aquí?...

—Por la mano imparcial de la víctima que lo ha escrito. Es decir, que el vil falsificador, el hombre que causó la muerte del honrado padre de Leopoldo, es...

—El mismo que tiene cautivo al autor de ese escrito.

—¡Dios mío!...

—Adiós, señorita; conozco la impaciencia que tendrá usted por pasar sus ojos por las sentidas frases de ese cuaderno, y me retiro.

—¡Ah!... ¡Usted me ha traído el consuelo y la felicidad!...

El antiguo mendigo saludó cortésmente, y se ausentó de la pieza.

Inés, al verse sola, besó con delirio el cuaderno que tenía en sus manos; lo abrió apresuradamente; fijó sus ojos humedecidos de lágrimas en aquellos conocidos caracteres que hacían latir su corazón, y cuando, llena de impaciencia y de ansiedad, se disponía a leerlo, entró una criada a anunciarle que su hermano le esperaba en la sala para comunicarle un asunto de interés.

La hermosa mujer se levantó al instante; guardó el cuaderno en un oloroso cajoncito de una elegante cómoda, y se dirigió a la sala, aplazando la lectura de lo que tanto deseaba saber, para más tarde.

CAPITULO II

La lectura

La entrevista entre Inés y don Emilio se redujo a hablar de las disposiciones necesarias para la unión de Clotilde con Duval.

Inés expuso sólidas razones para no violentar la voluntad de la inocente huérfana, y se retiró a su gabinete cuando el sol habíase hundido completamente en el ocaso.

La estancia se encontraba iluminada ya por la brillante luz de un bellissimo quinqué, colocado en una rica mesa redonda, situada en medio de la pieza.

Llena de ansiedad y de amoroso anhelo se dirigió Inés a la rica cómoda, abrió el aromático cajoncito en que había guardado el cuaderno; lo tomó con profunda emoción en sus manos, se sentó junto a una mesa, y vió que estaba concebido en estos términos:

«Apuntes de lo que sufre en su obscura prisión, el coronel Ricardo Guzmán, escritos por él mismo».

«Cuautitlán, 20 de abril de 1829, a las cuatro de la mañana.—Acabo de ser reducido a prisión, después de haber andado prófugo, temiendo caer en manos de mis enemigos; tal vez dentro de poco seré sentenciado a muerte, sin que haya cometido ningún delito. ¡Oh!... ¡No lo siento por mí!... Pero me atormenta la idea de lo que sufrirá mi idolatrada Inés al saberla... ¡Me ama tanto!... ¡Es tan buena!... ¡Morir sin decirle adiós, sin estrecharla contra mi corazón y decirle que muero amándola!... ¡Oh!... ¡Este es el pesar mayor para el que sólo vive y alienta por ella!...»

La hermosa sintió agolparse a sus ojos las lágrimas que a su pesar descendieron por su semblante, humedeciendo el ensangrentado papel; esperó un momento a que el llanto permitiese distinguir los caracteres, y luego continuó leyendo:

«Día 21, a las doce de la noche.—No sé en qué pueblo estoy; cuando yo creí que me sacaban a ser fusilado, me vi metido en una litera y he caminado sin saber por dónde; al bajar de ella me han vendado los ojos, no han dejado acercarse a nadie a hablarme, y me han encerrado en un cuarto; el hombre que me ha servido la comida es un extranjero de aspecto fiero, que no me ha dirigido uno sola palabra. ¡Qué será de mi pobre Inés!... ¡Creerá que no me acuerdo de ella!... ¡Que me he olvidado acaso!... ¡No; yo no puedo olvidar a la que es mi vida; el ángel cuyo recuerdo dulcifica los amargos instantes de mi horrible soledad!... No, Inés; desde dondequiera que esté, mi pensamiento cruza los espacios y te sigue amoroso, como el único bien de la tierra; mi alma vuela a encontrarte, para decirte que te ama... ¡Que te amaré siempre!... ¡Me olvidará ella, acaso?... ¡Oh!... No. ¡Me ha dado tantas pruebas de su amor!...»

Inés sintió oprimírsele el pecho con la superabundancia de tiernos sentimientos que embargaban su corazón, y suspendió un instante la lectura, para poder respirar con libertad; aquellos renglones encerraban para ella un manantial de tiernos y dolorosos afectos, que llevaban el llanto a sus divinos ojos. La hermosa llevó a ellos el fino pañuelo, y continuó leyendo:

«Día 22, a las dos de la madrugada.—Acabo de despertar de un sueño delicioso, y me he levantado, para consignarlo en este cuaderno, que es el único amigo en quien deposito mis más tiernas afecciones y mis más íntimos pensamientos. He visto a la mujer que amo; he oído sus dulces palabras y he estrechado su mano entre las mías... ¡Ah!... ¡Por qué ha desaparecido tan breve la ilusión, para dejarme sumido en la amarga realidad de mi desgracia?... ¡Era tan dulce mi sueño, que quiero imprimirlo sobre el papel para saborear sus quimeras, en tanto que formo mis pobres caracteres. He aquí, minuciosamente descrito, acompañado de las dulces reflexiones que me animan al pensar en sus delicias. Inés, si algún día hace Dios que llegue a tus preciosas manos este desaliñado escrito, mira en cada una de sus letras un dulce amigo consolador de mi infortunio.

«Fué un ensueño!»